

Los indios TALAMANCAS, de Costa Rica

POR

Joaquín Juliá

SEÑOR PRESIDENTE,

SEÑORES:

Perduran aun hoy, en muchos espíritus rutinarios y amigos de vivir adheridos al criterio ajeno, las indignaciones infantiles y los reproches cortados á patrón que subrayan con línea roja de ignominia los abusos cometidos por los conquistadores en las tierras que el genio de Colón regaló á la corona de los Reyes Católicos.

Dichosamente, la filosofía de la Historia, la serenidad y el desapasionamiento que el tiempo y las más amplias orientaciones de la cultura aportan á la rectificación y justa ponderación de los sucesos pretéritos, han contribuído, de consuno, á desvanecer muchas leyendas, á echar por los suelos muchas calumnias, y, en modo especial, á ponernos en el caso de juzgar sin acrimonia en las palabras, ni odio en el corazón, ni te-

larañas en el cerebro, personas y procederes que, á la luz de la imparcialidad, no aparecen con tintas tan sombrías como las que en su retrato pusieran la mala fe de los envidiosos de una gloria y la hidrófoba patriotería de determinados momentos históricos.

Aquí, probablemente, vendrían de perilla, como suele decirse, unos versos de los cuales se ha usado y abusado siempre que se ha querido lubricar piadosamente la herrumbre de aquellas exageraciones denigratorias de la Conquista y de sus hombres; y traer á colación, una vez más, el sonoro pareado del poeta:

La atroz codicia, la inclemente saña,
Crimen fueron del tiempo y no de España.

Pero, no, señores; hoy no es posible ya que sigamos «consolándonos» con tan poética y armoniosa mentira.

Los excesos de la Conquista no fueron culpa de la nación conquistadora, como tampoco fueron culpa del tiempo. Fueron crimen—ya que así lo califica el vate—de lo que hay de perverso en la condición del hombre, lo mismo si éste lleva la etiqueta étnica de tal pueblo ó de tal raza, como si exterioriza aquella su mala índole en cualquier lapso de la cronología convencional de las edades y los siglos.

Si—con objeto de circunscribirnos á nuestro caso concreto referente á las naciones aborígenes de América—formulamos con respecto á ellas nuestro juicio sobre las tropelías que en su daño cometieron los servidores del Rey, considerad conmigo, señores, que en los tiempos que corren andamos muy orgullosos de nuestra civilización y nuestra superioridad sobre los tiempos y la cultura de aquellos aventureros, y estamos tan pagados y satisfechos de los grandes progresos que hemos alcanzado en todo aquello que afecta á la delicadeza de nuestra fibra sentimental y humanitaria. Y decidme, puesta la mano sobre la conciencia: ¿qué ha hecho y qué es lo que hace nuestro humanitarismo á favor de las razas que llamamos inferiores? No pretendo que la respuesta salga del fuero interno de cada cual...

Esto, por lo que respecta al tiempo. En cuanto al factor «nación», permitidme que imaginariamente cite á juicio á las naciones que mejor fama gozan de libres y progresistas... Ya las veo ocupando el lugar que en las salas de los tribunales se asigna á los presuntos reos, y hago que ocupen la primera fila aquellas que más y mejor han vociferado y vociferan contra la España de los Cortés y los Pizarro... Abro el Evangelio, en el cual creen todas ellas, y las echo en cara el apóstrofe del Maestro:

—*Aquella de vosotras que esté sin pecado, que arroje la primera piedra...*

Y considerándolas, no en un período remoto de su historia, no envueltas aún en las negras gasas de la tormentosa Edad Media, no en plena fiebre de las batallas y en pleno imperio de la fuerza, sino en el siglo de los Derechos del Hombre y de las empresas altruistas como las asambleas de la Cruz Roja y los congresos de la Paz, las interrogo y me interrogo buscando entre ellas á la inocente que haya acometido sus más recientes rapiñas de expansión colonial regalando bombones de chocolate y grajeas de fresa á los indígenas, á los verdaderos dueños de los territorios que ocupan y asolan á diario las progresistas y humanitarias naciones, que tienen en sus grandes ciudades confortables hospitales de retiro para los perros vagabundos y aristocráticos cementerios para los gatos que mueren en el favor de alguna dama ó damisela de la sociedad dorada...

¿Acaso, será Inglaterra—la celosa rival del poderío español en América, la que durante tres siglos largos mantuvo cuarteles de piratas en Jamaica y en la Mosquitia,—será ella la que pueda arrojar la piedra bíblica? No; que entre otras ligaduras menores, atan sus manos dos cuerdas de pecado que se llaman la India y el Transvaal...

¿Será por ventura la generosa Francia, cuna de las libertades modernas? Tal vez lo fuera, si

la historia no hablase del Tonkín y de Argelia, de Madagascar y la Cochinchina...

¿Darán el ejemplo Alemania, en Africa; Portugal, en Africa y en Asia, y Austria y Rusia en su propia casa?...

¡Ah, no!; caigo en la cuenta de andar equivocado en mis pesquisas, pues al hacer alusión á tropelías modernas que aventajan en brutalidad á las tropelías del pasado, heme referido tan sólo á la *caduca* Europa, al *mundo viejo*, cuya característica estamos hartos de saber que haya sido y sea la prepotencia con que quiere dominar y absorber las otras parcelas del solar que usufructúa la humanidad terrestre.

He equivocado la puntería de mis indagaciones, pues la luz esplendorosa del Derecho, del humanitarismo y de los nuevos cánones de la moral con relación al trato que debemos á nuestros semejantes, nos viene del «imperio republicano» por excelencia, de la nación-mentor que se nos impone con sus conquistas pacíficas.

Son los Estados Unidos del Norte los que van á darnos la pedrada, levantando bien el brazo por sobre la pira de negros lynchados á la faz de la civilización y de la humanidad, afianzando la rodilla en el montón de los indios rojos exterminados, y la mira puesta en el archipiélago filipino donde todavía humean los poblados indígenas y sube al cielo el alarido de las mujeres,

dè los niños y de los ancianos fusilados en masa...

Y esto no lo hace la España bárbara de siglos bárbaros, sino que lo hace en los albores de la vigésima centuria un pueblo que, entre otros grandes defectos de su grandeza indiscutible, tiene el capitalísimo de no querer achicar bastante su desprecio por otros pueblos y otras razas, de los cuales, después de todo, toma el arte, la razón misma de sus inmensos laboratorios de trabajo y hasta el motivo del cuchareo de intromisión y de tutela en que cifra su orgullo de genearme internacional...

*
* *

He traído aquí las precedentes generalidades, no—jos lo protesto muy sinceramente, señores! —no porque haya pensado, ni siquiera remotamente, que en el seno de esta docta Corporación ni tampoco entre las personas que me otorgan la benevolencia de escucharme, exista uno tan sólo de los espíritus rufinarios, una de las mentalidades de aluvión á que aludí en los comienzos de este discurso, sino como «entrada» lógica al desarrollo del tema que me he propuesto, con la buena intención de aportar mi modesto contributo á una de las empresas que la época y la civilización actuales imponen por manera inelu-

dible á las sociedades hispano-americanas de hoy: la dignificación del indígena.

Prácticamente conozco, creo poder decir que á fondo, un caso que se refiere á una de las principales ramas de los aborígenes de Costa Rica.

En los últimos días del mes de Diciembre del año 1906, emprendí mi viaje desde la costa del Pacífico al Atlántico, al través de la casi inexplorada cordillera de Talamanca, en la parte Sur de la República de Costa Rica.

El 7 de Enero llegué á la cumbre de la Sierra. Por haber en la vertiente del Pacífico algunas sabanas fertilísimas, como debido también á la circunstancia de pasar por allí el antiguo camino que conducía de Guatemala al Panamá, el gobierno colonial trasladó allí los poblados de los *térrabas* y los *bribrís* que en la vertiente atlántica sufrirían todo género de vejaciones por parte de los piratas ingleses aliados cuando no azuzadores de los indios *moscos*.

Sin duda debido al aislamiento de su expatriación, los indígenas que pueblan la comarca conservan la raza bastante pura, y aunque llevando una existencia mísera, son de costumbres pacíficas, no han olvidado del todo el habla castellana y tienen grandes respetos por los misioneros alemanes que han sustituido á los misioneros españoles en la tarea abnegada de cultivar sus almas al propio tiempo que los instruyen

en los procedimientos modernos de trabajar la tierra.

No sucede lo mismo con los indios del lado del Atlántico, que habitan una región sobremañera abrupta y salvaje, continuando rebeldes á someterse á ningún poder extraño á sus tradiciones y leyes seculares.

Por más que el *Diario* pormenorizado de mi aventura consta en el libro *Costa Rica*, publicado hace poco, no creo improcedente extractar algunos puntos, que considero culminantes, de aquella empresa hecha sin pretensiones de explorador, pero sí con grandes alientos de interesado en conocer de cerca la vida y las aspiraciones de un pueblo precolombino.

Dejo aparte las peripecias de un viaje de veintitantos días á pie, en la sola compañía de un indio, al través de terrenos erizados de dificultades, que aumentaba sobre toda ponderación el hecho de ser aquella la época de las lluvias torrenciales y de los huracanes que borran toda traza de camino y hacen punto menos que imposible el vadeo de los ríos y el abrirse paso á fuerza de machete por entre las tronchadas malezas y arboledas de bosques inexplorados.

El sábado 19 de Enero llegué al rancho del cacique de los *talamancas*, al cual sus súbditos tienen en concepto de rey.

Antonio Saldaña me recibió con grandes

muestras de agrado, hospedándome en su misma vivienda.

En el curso de su charla pintoresca, rica en pormenores interesantísimos sobre las tradiciones y las costumbres de los indios, advierto muy pronto que aquel «salvaje» merece más atención de la que las gentes civilizadas solemos prestar á sus congéneres.

Mi visita no podía ser más oportuna: el gobierno de la República había ordenado que los *talamancas* prestasen también el servicio militar, para lo cual se dispuso que los presuntos reclutas se trasladasen á Limón, capital de la comarca. Pero, los indios, que no veían en tal medida sino un pretexto para arrancarlos de su terruño, andaban bastante revueltos y se habían citado para el día siguiente, con objeto de ponerse de acuerdo sobre la manera mejor de burlar tal disposición de la superioridad y declararse en rebeldía si era preciso.

Sus reproches á los «blancos» tenían un fondo de lógica tan robusta, que me sentí obligado moralmente á prestar un buen servicio al gobierno de Costa Rica y á la Administración que con tanto acierto dirige el ilustrado señor Lic. don Cleto González Víquez, induciendo al rey á suspender todo acto de rebeldía y á venir conmigo á la capital y exponer de viva voz al Presidente de la República lo que él estimaba reformas con-

venientes y necesarias para el mejoramiento social y moral de su pueblo.

Doy á la publicidad por vez primera un interesantísimo documento que me fué dictado por el cacique de Talamanca, é invito á mis oyentes á fijar su atención en este elocuente testimonio, que, á su vez, invita á los hombres de corazón y de buena voluntad á pensar en el partido que puede sacarse hasta de los seres que, juzgados superficialmente, reputamos incapaces de asimilarse las ventajas de la civilización.

Dice así el documento aludido:

Señor Lic. Don Cleto González Víquez, Presidente de la República de Costa Rica.

Señor: Los firmantes, en nombre del pueblo de Talamanca, tienen la honra de solicitar de usted lo siguiente, seguros de ser atendidos en ello, que entraña una serie de verdaderas necesidades para la región y los habitantes que representan.

Por muchos años, los gobiernos no han prestado ninguna atención á nuestra comarca, la cual, tanto por la imponderable riqueza de su suelo como por la buena índole de sus moradores, está llamada á ser una de las regiones más ricas y prósperas de la nación costarricense.

Nosotros y nuestros representados, creemos llegado el momento de sacudir para siempre el pesado yugo de la propia apatía y de la indife-

rencia ajena, esperando que el Supremo Gobierno cambiará á nuestro favor la política de abandono en que se ha tenido aquellas comarcas distantes, con perjuicio de algunos miles de ciudadanos y hasta llegando á constituir, tal abandono, una seria amenaza para la integridad del suelo patrio.

Careciendo casi en absoluto de los beneficios de la instrucción—ya que la que nos proporcionan los misioneros alemanes adolece de ciertas deficiencias que no hemos de criticar en detalle ni en absoluto en mérito á las excelentes intenciones que animan á los virtuosos sacerdotes encargados de la Misión,—señalamos la imperiosa necesidad de que se funden una escuela de niños y otra de niñas, donde no solamente se enseñe á nuestros hijos á leer y escribir, sino que al mismo tiempo se les eduque para vivir la vida de la gente civilizada.

Para dar eficacia á esta reforma, convendría que se nombrase una Junta de Educación que integrarían los firmantes con otros ciudadanos de nuestro pueblo, y desde ahora nos comprometemos á facilitar las maderas y otros materiales nativos, siempre que el gobierno nos proporcione las herramientas, clavos, visagras, etcétera, necesarios para la construcción. Esta Junta señalará la cantidad de maíz, plátanos, arroz, carne, cacao y café con que habrá de contribuir cada

jefe de familia al sostenimiento de las referidas escuelas... Con objeto de promover la asistencia del mayor número posible de alumnos, la Junta impondrá una contribución á los padres que no envíen sus hijos á la escuela... Es de suma importancia que el Gobierno, con los útiles de enseñanza, facilite á la escuela de niñas algunas telas para que nuestras hijas aprendan y se acostumbren á coser sus vestiditos y los de los muchachos...»

No interesa á mis propósitos y á la finalidad de este discurso seguir copiando el memorial en cuestión, en el cual se hacen otras muchas atinadas observaciones referentes á la habilitación de embarcaderos en la costa, apertura de caminos, y otros particulares que facilitarían la explotación del interior de la comarca, cuyas montañas son prodigiosamente ricas en hule, cacao, café y zarzaparrilla.

La conclusión que yo quiero sacar de lo apuntado es que, el ejemplo por mí tocado de cerca, desvaneció muchos prejuicios que abrignaba por contagio; y después de mi viaje y trato con los *talamancas*, un grande optimismo y un interés grandísimo me inspira cuanto se relaciona con los pueblos indígenas de la América latina.

Hoy, señores, cuando por bien de todos, las antiguas disensiones de familia tienden á con-

vertirse en abrazo espiritual que coloque en el puesto que corresponde á toda una civilización tan gloriosa y tan digna y tan prolífica en ideas y en iniciativas como otra cualquiera, debemos á los que social y étnicamente nos son inferiores, la obra de justicia y de misericordia de levantarlos de su abyección secular. Con sólo que, entre las incontables tribus de indígenas esparcidas por todo el continente, se repita en proporción mínima el caso del cacique de Talamanca que pide una escuela para su pueblo y exige del gobierno que sea suprimida una cantina en la cual los indios han aprendido á beber *whiskey* adulterado; y aunque fuera único el caso de una raza que da á una patria estadistas como Juárez y sabios de los vuelos mentales de Altamirano (por citar sólo dos nombres, limitándome á Méjico), estaría más que justificado todo el interés que se pueda dedicar á favor de los pueblos que aquí bien podemos calificar de primitivos.

Y para tomar la iniciativa en cada país del continente, encauzando el meritorio trabajo en pro de la dignificación é instrucción de los indígenas, nadie á mi ver tan indicado como las Sociedades de Geografía existentes, ó las corporaciones similares que pueden crearse en todas las repúblicas hispano-americanas. No se trata solamente de una función social de alta filantro-

pía, sino que con ello habrá de laborarse en bien de la especie, haciendo despertar las energías de razas que no es prudente condenar por adelantado á la ya desacreditada teoría de la superioridad é inferioridad de ciertos pueblos, cuando la portentosa evolución del pueblo japonés nos indica como muy expuesta á sorpresas la doctrina que habla de razas degeneradas y muertas para la civilización.

Y al terminar por donde debí haber comenzado: por significar mi más profunda y sincera gratitud hacia esta benemérita cuanto prestigiosa Sociedad que me dispensa el honor de llamarme á su seno, permitid que vuestro nuevo consocio abra las ventanas de su alma y que ésta se asome al minarete de este templo del estudio y de la ciencia, y esparza sus entusiasmos y sus agradecimientos para que las brisas perfumosas que olean el hospitalario solar mejicano ofrenden el tributo de mi simpatía, de mi admiración y de mi gratitud á cuantos, desde el ilustre Primer Magistrado de la Nación, hacen de esta ciudad, de su cultura y de su cariño á favor nuestro, el oasis más delicioso que pude encontrar en mi errabunda existencia de peregrino...

HE DICHO.

OJEADA RETROSPECTIVA